

La fiesta de los Mayos en Bezas

Se acerca ya la fecha con que sueñan las mozas y mozos del pueblo y también los aspirantes a mozas y mozos, que como después veremos juegan también un importante papel en el desarrollo de la fiesta, que comienza el mismo día treinta del mes de abril.

Ese día, aunque llueva, nieve, truene, caigan rayos o centellas – como vulgarmente se dice por allí– se cantarán los Mayos. Y si por imponderables no se pudieran cantar esa noche del treinta de abril, habría que hacerlo a la siguiente, o a la otra, cuando sea; pero todo antes que quedarse ese año sin Mayos, que equivaldría a sufrir una tremenda desilusión.

Menudean las asambleas de los mozos cuando se acerca la fecha. Los "mandones" del "cotarro" por un lado, los aprendices de mozo por otro; cada grupo proyectando y perfilando con inusitada ilusión lo que será la fiesta ese año; porque desde luego, eso sí, se piensa que la fiesta supere a la de años anteriores.

Hay clara evidencia y constancia permanente de que también entre las mozas del pueblo hay revuelo y alegría. Se rumorea que ese año habrá importante novedad, la comida común también será compartida por ellas y se terminará así la hegemonía mantenida desde siempre por los mozos; habrá música extraordinaria y alguna otra cosilla más.

Las pollitas jovencísimas comienzan a pavonearse, porque también se rumorea que este año se piensa rebajar los años en las mozas para tener derecho a mayo y en lo sucesivo ya se les considerará dentro de la categoría de las mozas mozas¹. Los improvisados músicos locales –varios años lo fui yo– ya han comprado en Teruel cantidad de cuerdas para sus guitarras y bandurrias.

Hay exploraciones comerciales con los cantineros del pueblo, para la provisión de vino, que no será poco; y hasta alguien que vive de cerca la fiesta se ha preocupado de preguntar a la señora María, con qué fin está engordando aquella pareja de corderos que ya están cogiendo los 25 kilos de peso cada uno y que están diciendo cómeme; hermosos corderos que por el día pastan en el huerto y por la noche

¹ Es como un ritual para obtener la mayoría de edad

duermen con su señora madre oveja.

Hay muchas cosas que hacer y preparar antes de que llegue esa noche, que enseguida llega el domingo y la fiesta tiene que quedar antes preparada.

La responsabilidad pues no es pequeña, no se puede quedar mal ante las mayas.

Los mozos aprietan filas, olvidan sus rencillas si las ha habido durante el año, hay una sólida unión; todo se discute en buena armonía, se comparan criterios y se aúnan los esfuerzos hasta que todo queda listo.

Y como la fiesta se celebra siempre el primer domingo de mayo, puede coincidir que el día 30 de abril sea sábado, por consiguiente habrá que trabajar muy deprisa. Y el trabajo de cada mozo en su casa es generalmente de sol a sol, así que se impone la necesidad de organizar muchas sesiones de baile.

No suele haber impedimento de ninguna clase cuando las sesiones de baile nocturnas son para ir perfilando la fiesta de los Mayos, ni por parte de autoridades, ni del señor cura ni de padres aprensivos, ni de sistemas de alumbrado, ni de salón municipal, porque el baile se hará sea donde sea.

¡Ay de aquéllos tremendos años de la larguísima post guerra, de curas cicateros preconciarios y pazguatos, siempre con el dichoso pecado del baile, siempre velando por la pureza de sus amados feligreses; de autoridades susceptibles y paternales, siempre velando por las virtudes de sus ciudadanos y protegiéndoles de los numerosos fantasmas...!

Pero no. Ni el señor alcalde, ni el señor cura, ni las otras autoridades, negarán los correspondientes permisos que reglamentariamente era preciso pedir. Ni es obstáculo la falta de alumbrado, pues se recogerá aceite de casa en casa de los mozos, se hará el baile con candiles. Se acerca el día treinta de abril, se trata de la fiesta de los Mayos, no habrá quien se atreva a prohibir la fiesta.

Ya alguien se ocupó de distribuir suficientes copias mecanografiadas de los Mayos, que los mozos tararean con alegría y mediana ortodoxia. Durante los ensayos y cuando corre el vino, es frecuente oírles cantar: Esos son tus pechos / son dos fuentes claras, "pa beber a morro" / si tú me dejaras. ¡Pero qué barbaridad, oír semejantes cosas...! ¡Qué rubores en aquellas mozas, y qué ojos de picardía en aquellos mozos...!

Pero no. Ni las mozas ni los mozos eran tontos, claro que no.

Las mozas y los mozos "nunca han sido tontos".

Y llega el ansiado día

Por fin llegó el ansiado día 30 de abril.

Los mozos, los más de ellos, han dado por finalizada su jornada de trabajo antes de la hora normal. Hay que acudir pronto a casa, hay que cenar pronto y fuerte, que aguardan sensaciones y trabajo especial, mucho trabajo; se beberá mucho vino, pero que mucho y más de uno cogerá una tremenda merluza.

Y seguro que los novios se han visto ya esa noche antes de dar comienzo la fiesta –en Bezas y en aquellos tiempos los novios no se veían todos los días– en la fuente o en la puerta de la novia, incluso a pesar del temor al padre de la novia, que no anda muy de acuerdo con la elección de la moza –seguro que la llama a fregar los cacharros y le estorba el rato–. Seguro que los novios han cambiado amplias impresiones sobre lo que ocurrirá, sobre lo que puede ocurrir durante el sorteo y subasta de las mayas.

–Si me quieres bien, Evarístico mío, –seguro que le ha dicho la novia– me comprarás, aunque no te toque en el sorteo. Ya sabes como anda de tontorrón el Pedrucho, a quien tú sabes que he dado tantísimas calabazas.

–Pagaré por ti todas las "libras" que sea preciso, "chatica" mía, –seguro que le contestó el mozo– no te dejaré que estés ni una sola pieza en los brazos de otro –seguro que se ruborizó la novia– y si es preciso al tontusco de Pedro le rompo la crisma.

–Mira Rufinico –seguro que le dijo su novia– tú me compras si quieres, pero no gastes mucho dinero. Somos mayores, nos vamos a casar, todo el pueblo lo sabe. Mira, si me compra algún mozo por llevarte la contraria o hacerte pagar mucho, pues déjalo, yo bailaré las tres primeras piezas con él y se acabó, deja tú a tu maya y a bailar conmigo todo el día.

Esta noche treinta de abril no hay baile, pero el salón del Ayuntamiento ha sido abierto mucho antes de lo normal.

Ya están allí los madrugadores, suelen ser los de siempre, sobre todo los que no tienen novia.

Ya están los músicos ensayando, sus guitarras relucientes, con cuerdas nuevas y se comienza a tararear los versos más picarescos, que sin embargo en la puerta de la maya se cantarán con su verdadera letra.

A estas horas primeras de la noche, camino ya cerca de las

doce, seguro que la mayoría de las mozas recogieron los cacharros de la cocina, dejaron todo en mejor orden que otros días y están dispuestas para irse a su habitación.

Porque si los nervios dejan, antes de que llegue la ronda a la puerta, conviene haber pasado ya el primer sueño; pues habrá que pegar el oído a la ventana para oír los Mayos y no perderse el nombre del mayo que le ha tocado en suerte o que la compró –esto último lo sabrá por la mañana–.

Y claro, depende de la suerte, pues quizás ya no pueda dormir en el resto de la noche; porque seguro que hará lo posible por oír el nombre del mayo que le tocó a la vecina.

Y por fin el salón se llenó.

Llegaron ya casi todos los auténticos mozos, los "mandones" y por contraste junto a ellos llegan temerosos algunos mozalbetes, que se van quedando a la puerta, hasta que estén todos juntos, para así pasar menos apuros. Porque el paso que piensan dar es muy importante para ellos. Nada menos que "hacerse mozos" en una noche, casi nada.

Porque hasta entonces, cierto es que de vez en cuando solían ir al baile y bailoteaban con las muchachas por el día, pero la noche les estaba prohibida. Pero claro, desde esta misma noche del 30 de abril en que ya se pueden considerar mozos "hechos y derechos", –aunque lo de hechos es solamente un decir– y con la responsabilidad de un mozo mozo, dejarán de ser unos simples "mocosos" como hasta ahora se les consideraba; ellos, qué caray, ya tienen sus bien cumplidos quince años; algunos ya empiezan a mirar a escondidas a alguna muchacha de su misma edad, y para este año que se rumorea que también habrá mayas muy jóvenes, debe terminar su espera. Ya era hora.

A estos "aprendices de mozo", en su primer año que compartirán la bota con los mozos, con iguales derechos y mayores obligaciones, porque así fue siempre, se les denominaba de una manera curiosa; se les llamaba "pombos", curiosa palabra de la terminología local, ya que no me ha sido posible encontrar en el diccionario, pero de claro significado, se trata de los domésticos de la fiesta.

Porque sacrificios costaba a los chavales este ingreso en la "cofradía mozuna". Ellos serán durante todas las ceremonias de los Mayos los servidores domésticos; sobre ellos recaerán todas las labores y trabajos, serán obreros sin cualificar; son grandes

protagonistas en la fiesta y no es muy fácil que reciban compensaciones o plácemes.

- Esos pombos, donde están, que vengan los pombos.
- Pombo, trae esa bota, pombos que faltan cestas.
- Los pombos, a pelar las patatas, pombo a por leña.
- Pombos a barrer el salón, pombos a fregar.

Pobres pombos. Qué día les aguarda, con la ilusión que tienen por la fiesta; pero esto hay que pasarlo, es una larga letanía que los más ya se saben de memoria; es su bautizo de guerra, después de esta experiencia no habrá ya más imposiciones y el año próximo ellos mismos experimentarán con los que entren su prepotencia de mozo. Y sin embargo solamente tendrán un año más, qué cosas...

Ya circulan un par de botas de vino entre los mozos, buen vino que el mozo tenía en su casa y lo trae para presumir.

-No como otros, que se pasan el año bebiendo ese "aguachinau" de Caudé que cambian por leña.

Pero pronto la bota se muestra flácida al tacto y el tocarla ya no supone placer a los ávidos dedos ni al goloso gazzate. No se ven pellejos por los rincones donde llenarla -más de uno con patas se verán dentro de muy poco-. Y retumba en el salón el grito de guerra que es coreado alegremente. -Vino...! -Esos pombos, donde están...! -Vengan esas botas...! La noche está muy fría. Hay que animarse y el vino es un buen compañero, con él se cuenta para poder terminar la ronda.

Es un buen grupo de jóvenes los que entran este año. Han pasado ya la puerta del salón, están dentro, con todos. A alguno ya les apunta el bigote, a otros la barba. Están todos entre sonrientes y un poco asustados -yo lo supe cuando me tocó ser pombo- por la importancia del momento. Todos dispuestos al sacrificio.

-A ver, tres, cuatro seis..., siete pombos hay este año.

Se acercan a los mozos jefes -en los Mayos había que imponer cierto orden- por eso había mozos jefes, que suelen ser mozos mayores, los que siempre han destacado en algo, los mocetones, algún listillo, y hasta algún pequeñajo y esmirriau que siempre se cuela, que se le deja estar en todos los sitios por el mal que da.

Se toma el nombre a estos nuevos mozos y a renglón seguido se les comunica la "manta" que tienen que pagar, dos pesetas cada uno, como primera prueba para tener derecho a ser mozo. Y chitón, que el año próximo se pagará más.

El secretario recoge el dinero -allí se paga todo al contado- y

toma nota.

Llamadas de atención para que se haga el silencio. Que se callen esos revoltosos.

Comienza un año más el rito ancestral de los Mayos. No han más formulismos que la palabra y el brazo levantado para hacerse notar.

Cumplido el primer deber, los pombos salen veloces y más tranquilos a la calle; se organizan entre ellos y ejecutan animados las primeras órdenes. Pronto volverán al salón con varias botas llenas y un pellejo grande, aunque para ello hayan tenido que levantar al cantinero, que ya cansado de esperarlos se había ido a la cama.

Prolegómenos del sorteo

Se piden boinas a los mozos –en mi pueblo siempre había mozos que llevaban boina– y se pide papel y lápiz, y se nombran más secretarios, hay que ir preparando el sorteo, se está haciendo hora de salir a la calle.

Están confeccionadas las listas de mozas y mozos.

Este año no ha ocurrido como el pasado, en que había más mozos que mozas y fue preciso admitir menos mozos, es decir restringir la entrada de nuevos mozos. Este año ha sido preciso admitir todas las solicitudes, a pesar de que se casaron dos mozas con mozos de fuera, lo que realmente hizo aumentar la existencia de mozos disponibles, es decir, mozos sin posible pareja, por no haber mozas suficientes.

Estas faltas de mozos o mozas, es decir, la diferencia entre un sexo y el otro se suple con boletos de papel, donde figura la denominación de «Blanca 1» Blanca 2, 3, etc., hasta suplir así la diferencia existente.

Este año se hizo todo lo posible, se les cantarán los mayos a muchachas jovencísimas, pero no se pudo llegar a nivelar mozas y mozos. Seguro pues que varios mozos tendrán boleto de papel.

Bien que se intentó echar mayo a chicas aún mas jóvenes, pero no se pudo llegar a acuerdo. A ellas ya les habría gustado, pero da la casualidad que todas tienen otras hermanas o hermanos mozos y éstos son los más duros; se han puesto de acuerdo previamente y a la hora de las decisiones, esos hermanos han expuesto sus razones y los jefes han aceptado excluir a esas chicas.

Después de todo y aunque no agrada el acuerdo a que se ha

llegado, a otros les encanta la idea de pensar en lo bien que se lo van a pasar; no tendrán maya con quien les ate el compromiso, comprarán una «blanca» y a comer y beber sin más compromiso, siempre ha sido así.

Transcurren esta serie de cosas, cambio de impresiones con mozos a quienes la decisión puede afectar, diálogos entre unos y otros, exposición de motivos a favor y en contra de lo que se piensa hacer y al fin todo queda listo y preparado. Un año más ha habido acuerdo, no podía faltar.

Una boina se llena con papeletas que contienen los nombres de todos los mozos, la otra con los nombres de las mozas, la Virgen y las papeletas en blanco. Sí, también a la Virgen se le cantan los mayos. Pero la Virgen no se puede vender, el mozo que le toca tiene que quedarse con ella; sin embargo se puede comprar ⁽¹⁾ y raro es el año que no ocurre esto. Pero nunca hay problemas.

Todo parece estar ya a punto. Ya se ha trasegado cantidad de vino y algún que otro chorizo y longaniza. Se ven muchas caras alegres, algunas más alegres de lo que debieran.

– ¡El que no sepa beber que se vaya a la cama...!

Pero bien o mal todos aguantan, que los mayos solamente se cantan una vez al año.

– Yo este año pienso dar mucho mal. Traigo un montón de duros, alguno tendrá que pagar cara su maya.

Es frecuente oír ésta y muchas más cosas, en estos momentos en que el ambiente experimenta un alto grado de tensión.

Se están perfilando los últimos detalles.

Es que la vida cada año está más cara. Hay que mejorar la fiesta cada año si es posible, añadirle detalles complementarios y eso cuesta dinero.

Se impone pues la necesidad de una mayor recaudación.

Los «fuertes» son quienes presentan la moción y la difunden, exponen los argumentos precisos y los demás no tienen más remedio que aceptar.

Pero en esto siempre ha habido democracia.⁽²⁾ La mayoría tiene que aceptar lo que decide una minoría, pero es que si no fuese así no podría llevarse a buen fin la fiesta. Y los que hoy deciden es muy posible que el año próximo ya estén casados y den paso a otros

⁽¹⁾ La Virgen no se podía vender pero sí comprar.

⁽²⁾ Una singular forma de interpretar la democracia entre los jóvenes, que era aceptada, con resignación y de buen grado, porque a todos interesaba.

que ocuparán su lugar con idénticos comportamientos.

El año pasado la «libra» –unidad monetaria en la subasta– tenía un valor de una peseta, este año se pone su valor el doble justamente, dos pesetas.

Ha costado un buen rato aprobar este proyecto de aumento del precio de la libra. Disensiones, disputas, intervenciones de los mozos de bolsillo modesto. Pero no progresó ninguna enmienda, fueron derrotadas todas las mociones de censura; los fuertes siguen más fuertes que nunca, la libra se ha puesto a dos pesetas, el proyecto se convierte en ley sin más trámite. El año que viene se volverá a hacer lo mismo. Y el que no tenga perras que baile con la más fea.

Este año hay cuarenta mozos y solamente treinta y cinco mozas, incluida la Virgen. En la boina que contiene las papeletas de las mozas hay pues, cinco de estas papeletas en blanco, numeradas del uno al cinco, para poder hacer su seguimiento en la subasta.

Comienza el sorteo

Hay una tremenda expectación. Los nervios están a flor de piel. El corazón late un poco más de prisa.

La prepotencia de unos mozos sobre otros quedará después, durante la subasta, al descubierto. Pero en estos momentos, en estos precisos momentos, prolegómenos y hasta casi síntesis, todos los mozos son absolutamente iguales, todos parten desde cero, todos tienen las mismas oportunidades.

El sorteo es lo más democrático de la fiesta, hace tabla rasa de todo, no respeta noviazgos ni componendas, feos o guapos, jóvenes o más mayores. De todas estas minucias ya se ocupará después la subasta, que todos los años, invariablemente, termina por hacer verdaderos estragos entre la juventud.

Se ha conseguido hacer el más completo silencio, el momento es importantísimo, hay que vivirlo sin perderse un detalle.

Un secretario está preparado con la lista de los mozos en sus manos, donde irá anotando después las «libras», pero en este momento no tienen nada que hacer, cada mozo retendrá en su memoria la maya que le toque, el secretario no tiene que anotar nada.

Otros dos ayudantes sostienen en sus manos y cerradas las boinas donde están las papeletas de los mozos y mozas.

Se llama a dos «pombos», manos inocentes, que irán sacando papeletas de las boinas, primero de los mozos y después de las mozas, —o invariablemente, es igual— se aprieta el círculo, se alargan los

cuellos y se levanta la cabeza, con la boca semiabierta, ladeada la cabeza para captar mejor las voces, que no hay que perder detalle. Y comienza la función.

–Agapito Pérez. Silencio.

El otro pombo mete su mano en la boina de las mozas, saca una papeleta y grita fuerte el nombre.⁽¹⁾

–Petra Gómez.

Y vemos al Agapito como empina la bota del buen vino y guiña uno de sus ojos pardos de mochuelo, como vulgarmente se les llama a sus ojos en el pueblo.

–Pedro Martínez. Sigue el silencio.

–Pura Domingo.

Se oye una voz, casi un susurro, allá en el extremo del salón, donde hay un grupito de mozos bien cargados.

–La culona, ¡Agárrate bien Pedrazo...!

Y Pedro aguanta, no se da por enterado, ya vendrá la subasta y se sacudirá a su maya, o a lo mejor lo piensa mejor y se queda con ella; un poco gruesa si que está, pero es majilla.

–Celestino Muñoz.

–La Virgen.

No hay ningún tipo de comentario. Celestino no dice nada, ni nadie se atreve a gastar una broma, esto es muy serio. Celestino aguardará a la subasta y aunque él no puede vender a la Virgen ni pujar por otra maya, si hay algún santurruncete que le compra a la Virgen, que siempre hay alguno, pues bien.

Porque Celestino no tiene novia ni nada que se le parezca, poco se le ve en compañía de mujeres. No sabe bailar, pero el domingo no le importaría agarrarse a alguna, y seguro que no lo haría mal del todo. El vino –piensa Celestino– hace maravillas; él ya está metido en años, le llaman viejales. En fin, aguardará al final de la subasta, si su suerte ha sido la Virgen, pues el domingo le llevará la vela. Y quien sabe si cuando se entere don Tomás⁽²⁾ no le invita a unas sardinas escabechadas de esas que tan bien prepara su casera.

Los ambientes se ponen tensos.

No ha salido aún ninguna guapa, aunque sí alguna gorda. El

⁽¹⁾ Creo que se actuaba así. O el propio mozo metía la mano y sacaba la papeleta, no lo recuerdo

⁽²⁾ Don Tomás Arce, sacerdote muy recordado en Bezas, no por todos bien querido, por su especial carácter y forma de ser. Su comportamiento pastoral tuvo de todo. Juzgarlo con imparcialidad resultaría difícil.

vino corre alegremente y ha amainado un tanto la algarabía, se toman posiciones de seriedad, hay que estar muy al tanto de la subasta, tomar posiciones ventajosas. De un momento a otro, cuando ordenen los mayores, puede terminar y quedarse uno con alguna moza que no es de su total agrado.

Y así poco más o menos, con estos pensamientos, con la idea fija –muchos de los mozos– en la subasta, porque el sorteo no les favoreció. Con la emoción contenida por muchos, que les ha tocado la que querían; con la desilusión de otros que les ha tocado una muchachita a la que no tendrá más remedio que vender. Transcurre el célebre sorteo por el que han ido pasando las guapas, las menos guapas, las feas –si es que hay alguna, que siempre las hay– las gorditas, y las flacuchas y desgarbadas –que también las hay– las jovencitas, las menos jóvenes, las morenas, las rubias –de éstas pocas, pero hay alguna– las blancas, todas, todas, ni una sola se quedará en la gorra.

Esto era la subasta

Hay que contar con la hora de la noche, el tiempo que se ha invertido en los preparativos y desarrollo del sorteo, puede que haya consumido demasiado espacio.

A las doce de la noche hay que comenzar a cantar, por consiguiente se impone la necesidad de acomodar el tiempo que queda hasta dicha hora y de ello dependerá el ritmo de la subasta.

Pero los mozos se saben esto de memoria. No se si alguno lleva reloj, casi seguro que ninguno; pero ya lo verán, se pasarán poquísimos de la hora prefijada para empezar a cantar. A esas alturas de la noche el reloj de la iglesia marca pausadamente el tiempo, su campana toca todas las horas, alguien avisará cuando se oiga "media para las doce".

Después de un pequeñísimo descanso, para así dar tiempo a preparar y repasar las listas, comienza lo bueno, lo que más gustaba a los mozos de mi pueblo, la esencia de la fiesta, la auténtica hora de la verdad.

Es la oportunidad que se da a los mozos, a todos los mozos sin distinción, para que reparen los desaguisados que ha cometido la fortuna. Porque en verdad, sin la subasta la fiesta quedaría incompleta y hasta es muy posible que terminase a farolazos.

No, no es fácil comprender los sentimientos de cada mozo.

Piénsese, la novia de uno bailando toda la tarde del domingo

—o solamente parte— con tu mayor contrincante. A dos hermanos, primos o hijos de familias enfrentadas, etc., etc.

Con todo, seguro que muchos criticarán la subasta; pero yo sinceramente creo que es oportuna.

No pongamos vestimentas inoportunas a la figura. Que no es eso. Casi con toda seguridad que a la subasta se llegó por convencionalismo puro. Que nuestros abuelos eran muy simples, que nadie lo duda, pero no tontos.

Pasa el tiempo y la subasta no ha comenzado, vamos a ella.

—Silencio...!

Celia Sánchez. Una voz responde, una libra. Otra que añade, tres libras más por Celia. Pausa y se sigue.

—Juana Hernández. Nada.

—Marina Pérez. Nada.

Andresa Muñoz. Interviene el novio de esta moza, a quien por cierto le tocó en suerte la novia del hermano de Andresa. Y como todo se queda en casa, pero al mozo no le gusta quedar mal, ofrece por su novia cinco libras —él puede pagarlas— y a Andresa le ha de gustar mucho el detalle.

El secretario lleva bien la cuenta. Anota a continuación de cada maya las libras que se pagan, que cantará a la vez que el nombre, para que no haya dudas o malos entendidos.

—Antonina Pérez (es que en Bezas hay muchos Pérez).

Guapa chica esta Antonina, por la que enseguida se pujan diez libras de una vez. Esta moza dio mucha guerra entre los mozos, llegaron a pagar por ella cincuenta libras. Es una moza muy maja, no tiene novio aún, y hay varios que se beben los vientos por ella.

—Caya Izquierdo. Nada.

—Rosita Villalba. Nada.

—Isabel Clemente. Dos libras por Isabel, se oye. Al fondo del salón otra voz, dos libras más encima, —éste es el novio de Isabel, que hace poco sale con ella, pero ya declarado— y habrá más lucha por Isabel. Hay un "echao palante" que se la disputa al novio y algún otro que dará mal, esto se venía oyendo hace días.

Pero hoy es el día de la verdad. No sirven las habladerías de días anteriores. Hoy públicamente, ante esta Audiencia general que juzgará implacable, pero que al final sabrá comprender y perdonar, los mozos tendrán que lanzarse al ruedo sin temor, haciendo frente incluso al ridículo —que alguna vez se roza— pero si no lo hacen hoy, ya durante el año habrá pocas ocasiones para manifestar públicamente

la admiración por una moza de su agrado. No faltarán otras fechas. Simplísimos, pero encantadores y ocasionales encuentros "premeditados". Pero los Mayos son otra cosa.

Soñando un poco, hablando para sí mismo, muy quedo para que no se oiga, porque lo que piensa es para ti. Con conciencia perfecta de lo que se piensa y dice, pero temeroso de que hijos y mozos actuales te oigan, se puede afirmar que uno añora aquello.

De momentos extraordinarios, maravillosos, se podrían catalogar los que se vivían en la fiesta de los Mayos.

Dos mocetones apuestos, con la brutalidad propia de la época, pero nobles, que no piensan que la disputa por la posesión de una maya implique otra cosa que no sea pura lealtad a unas costumbres y una fiesta, cuando precisamente hasta ese día ambos han mantenido en secreto sus intenciones. Y podían haber seguido cada uno por su lado con su particular lucha –que es lo que al final harán– mas han querido medir aquí sus fuerzas públicamente.

Y en esto no hay nada que pueda considerarse como una transgresión de la intimidad privada. Hay un juego que todos acatan por igual. Mientras no se vulneren las reglas establecidas, todo vale, se puede luchar con las armas que uno tenga a su alcance, la finalidad ya se conoce, recaudar dinero para la fiesta.

Los momentos son sumamente difíciles. Uno se encuentra ante todos los mozos del pueblo, también ante los hermanos de la moza que a uno le pueda hacer ilusión.

Cariño a una mujer

Y es muy probable que momentos antes el mozo no tenía la más remota idea de llevar las cosas a tal término. Pero los Mayos eran eso en parte, una exteriorización espontánea del sincero cariño a una mujer en la que se ha puesto ilusión, que esa noche del treinta de abril se desborda y sale de cauce.

Y nada más lejos que pensar en un burdo y simple sorteo de mozas y la posterior subasta por su posesión, como si de un vulgar objeto se tratara. No era eso no.

Quien así pudiera pensar de los Mayos, al menos tal y como en mi pueblo se desarrollaban, está en un tremendo error, se equivoca totalmente, su propia experiencia de la vida no le autoriza a prejuzgar lo que no alcanzó a conocer.

Las mozas son adjudicadas por sorteo de manera normal. La subasta tiene por finalidad corregir y ajustar los caprichos del azar y

recaudar dinero. Es un juego, todo queda en su sitio.

Con la subasta de las mozas la fiesta comienza a tener más sentido ya desde esa misma noche del treinta de abril.

Con ese apasionante juego, con el que mozas y mozos llegan a estar de acuerdo, no hay que dudarlo, se consigue dar un particular colorido a los Mayos, a la vez que se recauda dinero. Pero no resulta fácil explicarlo, plasmar el colorido de aquellos momentos felices. Para comprenderlo se precisa vivirlo más de un año y tampoco después se acertaría a juzgar.

Ni el sorteo de las mozas ni la subasta, otorgan al mayo grandes derechos sobre su maya, antes bien podría decirse que lo que adquiere son una serie de obligaciones que tendrá que cumplir con la mayor dignidad y decoro. No puede ser de otra manera, de lo contrario el mozo caería en el más tremendo ridículo y ningún mozo estaba dispuesto a ello.

La maya sabe sus obligaciones

La maya sabe bien sus obligaciones. Si se trata de una moza que no tiene novio, que le cae bien el mayo que le ha tocado en suerte, que la compró, poco tendrá que poner el mozo para complacerla y hacerla feliz ese día de los Mayos. Y ese día nacerá, nadie lo dude, una mayor amistad entre ambos que puede dar paso a relaciones más serias o cuando menos guardarán en su recuerdo y para toda su vida, esos días felices vividos.

Pero puede ocurrir que el mozo no acertara al comprar a una determinada moza, vendiendo lo que le cayó en suerte, cometiendo doble error, pues la que vendió se lo tendrá bien en cuenta y la que compró le pagará cortamente su intromisión, le concederá tres bailes nada más, que era el verdadero compromiso de la maya.

Por todo esto, no se crea que cuanto se dice y hace en esa célebre noche del treinta de abril carece de ingenio o al menos de un cierto sentido, aunque elemental y lógico. No se busquen grandes explicaciones para dar a conocer la fiesta, su significado, su desarrollo que tan magistralmente llevaban a término nuestros mozos y mozas en Bezas, haciendo encajar perfectamente todas las piezas del juego en todos los días que duraba, de manera sencilla pero eficaz. Es un puro contrasentido pensar que un mozo, por mucho interés que sienta por una determinada moza, la compre en la subasta para después recibir tremendas y públicas calabazas.

Es todo muy simple y elemental. Ahora dirían que todo aquello

era tremendamente ingenuo y elemental.

Y es que analizando detenidamente los comportamientos humanos, todos resultan elementales por igual. Situemos sin embargo cada hecho en su época correspondiente, que es lo que debemos hacer, antes de emitir juicios en sentido peyorativo, que destruyen o deforman el contexto en sí de lo que pretendemos analizar.

Para mí todo aquello resultaba muy bello y encantador.

A veces resultaba ingenuamente bello. A veces picarescamente bello. Pero siempre resultaba encantador.

Antes de aquella noche del treinta de abril ya se ha comenzado a tejer este variopinto y colorido tapiz.

Se han celebrado sondeos a la opinión pública –que esto de los sondeos a la opinión pública no es invento de ahora– y los candidatos saben poco más o menos cómo han de actuar en la noche del treinta de abril.

Lo que ocurre es muy simple y comprensible.

La noche del treinta de abril el ambiente invita y la euforia crece desmesuradamente, se sale de cauce, rompe moldes y destruye pactos y acuerdos de manera desconsiderada y hace estragos.

Por peseta más o menos muchos mozos son llevados por la calle de la amargura, de un sitio para otro, recorriendo un calvario que no habían previsto. Alguien les está traicionando alegremente y les cuesta mucho corresponder con una sonrisa.

–Veinte libras más por Isabel.

–¿Con quién me dejas? –Con Leonor –responde este otro– y no hay más lucha.

El contrincante se rindió. No habrá más lucha por Isabel, pero se pagaron por ella 24 libras. Las pagó su novio, que se le nota de un pavo subido que impone.

Allí está también el hermano de Isabel, que siguió con atención la marcha de la puja por su hermana. Se le nota también un mal disimulado orgullo, sabe que su hermana lo merece todo.

En la subasta era preciso preguntar siempre al que había pujado, ¿Con quién me dejas?, pues en el trasiego incesante se pueden cometer errores de bulto que costaría deshacer, sobre todo cuando una moza está muy solicitada, que en fracciones reducidas de tiempo pasa a ser maya de dos o tres mozos. Hay que seguir la pista y no perderse, ¡Esto es la Bolsa, señores...!

Sabe el hermano de Isabel que su hermana es un bombón codiciado por los mozos del pueblo. El sabe que tiene un genio muy

especial y se dice por el pueblo que esa moza se lo ha creído mucho, que no es para tanto, que otras son más y no lo manifiestan. Se le nota al mozo también un poco enfurruñado; pero la democracia es así y mal que le pese a muchos.

Ha habido absoluta libertad de acción y de expresión.

El hermano de Isabel piensa que ahora solo falta que el mayo de su hermana sepa comportarse como es debido; porque para él, el mayo de su hermana, el «Lechugino», solamente es medio novio; porque habrá que conocer con las intenciones que él va con su hermana, que es un mozo muy echao p'alante, muy retorcido y con muchas picardías.

Comprar la moza que le gusta

Pero al final piensa que son las reglas del juego las que determinan los desenlaces. También a él le ha tocado la «mocosa» del tío «Miguelo», que la chica es además de feucha, jovencísima, que la pobrecica no vale un pimiento, ni sabe bailar ni nada. Y no tendrá más remedio que arramblar con ella. Podría venderla en la subasta y comprar otra moza más maja, que las hay que a él le gustan más de una y no se atreve a decirles nada, y con esto de los Mayos sería una buena ocasión. Pero no, se lo piensa mejor y desiste, él es un muchacho aún, otro año será. Y bien que se lo agradecerá el tío «Miguelo», bueno como el pan, que son vecinos y se llevan muy bien.

Así que, venga esa bota y siga la subasta.

– Anacleta Izquierdo –grita el secretario–.

– Una libra por la culona –se oye una voz ronca al fondo del salón.

Y se hace el silencio ante la gracia. Ya ha comenzado a hacer efecto el vino. Los mandones se miran, se sonríen, le dan a la cabeza, miran al gracioso; ha sido Juanico, no podía ser otro, siempre haciendo de las suyas, todos años igual.

Y el primo de Anacleta que se engalla, que mira con reto a Juanico y le dice:

–El «culón» lo serás tú, eres un cochino y si te vuelvo a oír llegarás lisiado al domingo.

Pero no se oye nada más y los protagonistas terminarán pasándose la bota como si tal cosa.

Juanico venderá a Anacleta, le ha quitado la maya a un pombo.

Eso ya se veía venir, es un trasto este Juanico, todos los años igual, paga un montón de libras y al final se lleva la más fea; porque no hace más que comprar y vender, incordiar, dar mal, hacer pagar a los mozos. Compra a una moza por la que muchos tienen interés y hace pagar muchas libras; pero también compra a otras por puro capricho y como nadie se las compra a él, si las vende después tiene que cargarse con libras acumuladas.

Esto es así. Cuando uno compra a una moza pagará por ella lo que él ofrece y lo que ya pagaba otro por ella. Sin embargo, si quiere recuperar su dinero tendrá que esperar que alguien se la compre, porque si compra otra, entonces tendrá que pagar el importe de las dos; es decir, si un mozo se hace el propósito de no participar en la subasta de forma activa, para no gastar dinero, tendrá que limitarse a lo que el sorteo le depara y a la moza que le dejen; paga siempre el que compra y la moza que deja a otro es siempre sin cargo alguno. A simple vista parece todo esto un poco lioso, pero no es así. Discurren los acontecimientos con la mayor complacencia y tranquilidad, se comprenden fácilmente y jamás llegó nadie lisiado al domingo por eventos imprevistos. Es la fiesta.

Termina la subasta

La subasta continuó mientras se consideró necesario y oportuno, tanto a efectos económicos como en relación a la hora de la noche y los ánimos de los mozos.

Se termina siempre cuando los desaguisados que hizo el sorteo queden arreglados. Cuando los ardorosos efluvios de los mozos se enfrían; cuando el costo de la fiesta se vea casi cubierto por la recaudación; cuando cada novio tenga a su novia como maya, cada feo a su fea, cada pombo a su muchacha, los vergonzosos a las vergonzosas, los ricos con las ricas y, como decía aquel, cada pobrecico con su probrecica, el cojo con su cojica. Y aquí no hay sarcasmo ni malicia alguna. Es la fiesta.

A Celestino Muñoz no le compraron la Virgen. Él creía que sí, que se la comprarían –la Virgen no se puede vender, pero sí comprar– y sería una manera de salir de la situación. Porque a Celestino lo que más miedo le da es tener que cantar una jota a la Virgen el domingo, precisamente a la salida de la misa, que es mucho peor que cantarle a una moza. Allí mismo en la entrada a la iglesia, delante de tanta gente endomingada. No sabe cómo saldrá del apuro.

Pero al final hasta a Celestino le salieron bien las cosas y si no

le compraron la Virgen, en cambio vino en su ayuda su buen amigo, el hijo del tío «cestero», que es un santurroncete, con frecuencia metido en santos, pero buen muchacho, eso sí. Celestino le pondrá las velas a la Virgen y el «cestero» le cantará la jota y todo arreglado; queda así su conciencia tranquila, sin compromiso alguno y aunque ya viejo, con lo zorro que él es, aún aprovechará y le quitará la maya a algún pombo o al que se tercié, que valor da el vino para todo, y a estar al tanto de las labores de cocina, a meter algún viaje a las sartenes con los huevos revueltos, que él tiene buen saque. Es que Celestino entendía algo de cocina, hacer huevos revueltos, porque todos los años ayuda.

Entre las «mantas» y las «libras» de la subasta, los gastos de la fiesta quedaron casi cubiertos. Habrá que pagar algo más a escote, pero poca cosa.

Se acerca ya la media noche. Habrá que comenzar a cantar.

Los gallitos y los novios fueron quienes mayor contribución aportan. Y los generosos, que todos los años hay alguno que sorprende con sus altas pujas por la maya que quiere.

Y cosas curiosas se pueden contar un montón.

Este año, el berzotas del «cacholas», que es un roñas de aúpa no quiso pagar nada por su medio novia –que así le gusta a él llamarla– y esperó a la última vuelta. Pero esta última vuelta que él esperaba no llegó, la subasta cerró y se quedó con una cría que le tocó en el sorteo y nadie se la compró después.

Allá pues el «cacholas», por el Prudencio, el mozo que tiene de maya a su «medio novia», primero porque le tocó en el sorteo, luego porque se la quitó al «cacholas» que se la había comprado, es un pollo de mucho cuidado.

El domingo sabremos como se resuelven las cosas, pero ya desde mañana mismo, este detalle tan aparentemente pequeño y algún que otro más que se ha producido, correrán de boca en boca de todas las mozas del pueblo.

Disgusto y gordo tendrá el «cacholas» con esa «gatica» de su novia, ya lo creo, que le va a las mil maravillas el motecico a la moza.

Se hizo previamente el silencio y se cambiaron impresiones y se discutieron.

Muchos se sentían a gusto con el juego y pretendían seguir, porque se habían conchabado algunos mozos y pensaban continuar y hacer pagar libras a montón por algunas mozas, instigando así a quienes por ellas se interesaban.

Pero como los que mandan mandan, se hace una llamada a los deudores, que se acercan a los secretarios y pagan en el acto, al contado, sin recibo y sin otro protocolo. Se cobró hasta el último céntimo y terminó la función.

Se organizan rápidamente dos grupos de ronda, cada uno con sus bandurrias, laúdes y guitarras. Se dan las últimas instrucciones, abandonando el salón se sale a la calle; hay impaciencia y nervios. Son más de las doce de la noche. Ha entrado el mes de mayo, se puede comenzar a cantar.

Años de tea y candil

No hay luna esta noche, la oscuridad es imponente, gordos nubarrones lo cubren todo, –eran los años de la tea y el candil que tanto duraron– solo un montón de sombras anónimas, que esconden así sus particulares muecas y gestos, inquietas, de un lado para otro, vociferantes, esperan a que se dé la orden de salir por esas calles a cantar los Mayos.

Una ronda cantará por el barrio de abajo, la otra por el barrio de arriba, para juntarse nuevamente en la plaza y si hay tiempo se discutirán algunos asuntos que han quedado pendientes. Este año el primer domingo de mayo es el día tres y ya estamos a día uno y por consiguiente el tiempo apremia.

Sí. También se ha oído un gallo y a estas horas de la noche, un tanto anormales para que los plumíferos entonen su quiquiriquí habitual, hace pensar a algún mozo, que cuenta las veces que el gallo canta a la vez que mira al cielo. Mañana, hoy ya, puede haber «aguas a mares» o pueden hacer «airosos soles», según el gallo cante pares o nones.

Y los perros. Todos los perros del pueblo comienzan a alborotarse y a ladrar como locos. Ellos se han pasado un mensaje de uno a otro y ya están al corriente de lo que va a suceder un año más en el pueblo. Alguna mortecina luz se percibe por las rendijas de la ventana dejada así por la moza, alguien habrá encendido el candil para algún menester.

Y al son de la Jota de ronda, cada grupo parte a su punto de comienzo.

Van los mozos con mucha algarabía. Unos circunspectos, algo solemnes –con la solemnidad de un mozo de pueblo de aquellos–, otros arrogantes, intrépidos; otros marchan con algo de timidez, porque siempre lo fueron y éstos se unen a los pobres pombos, que

descubrirán un año más también los misterios que encierra esta maravillosa fiesta. Pero en el fondo todos parten alegres. ¡Ah, los mozos...! Con toda seguridad que más de un padre está pensando en estos precisos momentos, que la ronda llega a su puerta a cantarle a su hija, en sus ya lejanos años de mozo rondador. Y vierte, envuelto en su cariñosa rusticidad, al oído de su adormilada esposa, un susurro apenas perceptible, que hará pensar a la pobre mujer que está soñando con algo que ya no puede ser. Y ambos callarán, seguro, porque han visto que una sombra sigilosa ha atravesado la puerta de la alcoba y se dirige a la ventana conteniendo el aliento y los latidos de su joven corazón.

Y otro padre, impaciente, celoso, que siempre lo fue; que no ha podido acostumbrarse aún a su estado de casado y padre; que todos los años corre al balcón a contemplar al menos por un momento la ronda que tan poco hace que abandonó, permanecerá esta noche con el oído en la ventana bien atento. Dicen que a su hija le cantarán los Mayos y no sabe si ponerse contento o triste. Cuando la ronda se paró en su puerta, señal indefectible de que a su pequeña le cantan los Mayos, volvió presurosamente a la cama, apretando fuertemente los labios, en un gesto mezcla de alegría y tristeza, dejando su lugar a la chica para que pueda seguir por primera vez como le cantan los Mayos, a ella.

Y esas dos mozas vecinas, casa por casa, que tan buena amistad se profesan mutuamente, que compartirán la misma cama esta noche y que no podrán pegar un ojo hasta que llegue la ronda, y que a lo mejor después, quien sabe, se enzarzarán en una amigable disputa, que poco a poco las conducirá a un estado de somnolencia y letargo, como preludio de un sueño encantador del cual tendrán que volver a la realidad que les deparará la mañana ya cercana.

Y surge la anécdota encantadora, tierna y cariñosa, de la madre alegre y joven, que junto a su jovencísima hija, frente a frente, con el oído apretado al frío cristal de la ventana, escuchó los Mayos y el nombre del mayo de su hija, y andando de puntillas se volvió a la cama gozosa, junto al bueno de su marido. Ella no quería decirlo, pero se supo.

Las rondallas han llegado a su sitio y comienzan a cantar.

Desde lo más alto del pueblo una, la otra desde el profundo barranco. Regajo abajo unos, los otros barranco abajo, llegan a juntarse los claros y potentes ecos de las voces, los primeros versos, que se funden y confunden en una frenética amalgama estrepitosa y

colorista.

Voces, muchas voces, música que apenas se oye. Perros que ladran como locos, gallos que cantan; alegría y risas, muchas risas. Ventanas que se iluminan súbitamente y otras que se apagan. Impaciencia, nervios, más alegría; conformación, rabia, emoción contenida, que se desborda, serenidad, lágrimas, lágrimas, ¡cuántas se derramarían todos los años para los Mayos...!

Y como contrapunto de todo esto que pasa esta noche en el pueblo, pero que alegrará todas las noches ya, el incansable, el indolente, el soberbio ruiñeñor, también este año madrugador, que jamás falta a la cita; arriba entre las sargas del «puente viejo», a mitad del curso del regajo, en las «trancas», entre el sauce y la vieja higuera cuyos higos nunca maduran, y abajo en el «almagrero» en la frondosidad de las zarzas, y hasta desde «peña caída» entre majuelos y guillomos, cantan maravillosamente los Mayos desde no se sabe cuando a su hacendosa y muda pareja.

Y todos los años era igual.

La tonadilla era bastante monótona y simple.

Existía solista y coro, acompañados ambos por la música de una bandurria, un laúd y una o dos guitarras, que con el tumulto producido por el coro, sobre todo, apenas se oían.

El solista daba los dos primeros versos, contestando el coro con los dos siguientes. Si acaso se notaban ligeras modulaciones o tonos en las voces, que de alguna manera rompían la monotonía continuada y larga.

No obstante lo dicho, estoy seguro que la tonadilla de los Mayos de Bezas, sometida a depuración y refinamiento, podría deparar sorpresas agradables al oído. Creo que, aún exponiéndome a cometer error, es lo que pasó con los Mayos de Albarracín, que supongo han sufrido modificaciones sustanciales en convertirlos en pieza popular del folklore moderno.

Solo: Ya estamos a treinta / del abril cumplido

Coro: Alégrate dama / que mayo ha venido

Solo: Si ha venido mayo / bienvenido sea

Coro: Que en llegando mayo / las flores se alegran

Solo: Ha venido mayo / por esas cañadas

Coro: Floreciendo trigos / granando cebadas

Solo: Vengo a dibujarte / de pies a cabeza

Coro: Pero no me atrevo / si no es con licencia

Solo: Como no contesta / la preciosa dama

Coro: Es prueba que tengo / licencia otorgada
Solo: Esa es tu cabeza / tan rechiquitita
Coro: Y dentro de ella / otra más bonita
Solo: Esos tus cabellos / sedosos y finos
Coro: Que quitan los rayos / al sol cristalino
Solo: Tu frente espaciosa / fue campo de guerra
Coro: Donde el rey de España / plantó su bandera
Solo: Esas son tus cejas / tan bien arqueadas
Coro: Son arcos del cielo / y el cielo es tu cara
Solo: Esas tus pestañas / tan largas y finas
Coro: Que en mi carne clavas / siempre que me miras
Solo: Esos son tus ojos / luceros del alba
Coro: Que cuando los abres / la noche se aclara
Solo: Tu nariz aguda / como fina espada
Coro: Que sin daño alguno / se clava en el alma
Solo: Esos tus oídos / son dos perlas de oro
Coro: Que con ellos oyes / lo que dicen todos
Solo: Esas tus orejas / con tus dos pendientes
Coro: Parecen campanas / llamando a la gente
Solo: Esa es tu boca / con su caja de dientes
Coro: Cuando tú sonrías / todos van a verte
Solo: Esa es tu garganta / tan clara y tan bella
Coro: Que el agua que bebes / se clarea en ella
Solo: Qué es eso que llevas / bajo la barbilla
Coro: Ese es sepulcro / para el alma mía.
Solo: Qué es eso que llevas / rodeado al cuello
Coro: Son las gargantillas / y la cruz de acero
Solo: Esos son tus hombros / son dos escaleras
Coro: Pa subir al cielo / y bajar por ellas
Solo: Esos son tus brazos / como finos remos
Coro: Con ellos ayudas / a los marineros
Solo: Esas son tus manos / pequeñas y hermosas
Coro: Todo lo que tocan / se convierte en rosas
Solo: Esos son tus dedos / cargados de anillos
Coro: Para mis pasiones / cadenas y grillos
Solo: Esos son tus pechos / son dos fuentes de agua
Coro: Donde yo bebiera / si tú me dejaras
Solo: Tu cintura un junco / criado en el río
Coro: Todos lo contemplan / cuando está florido
Solo: Ya vamos llegando / a partes ocultas

Coro: Donde yo no puedo / hacerte preguntas
Solo: Qué es eso que llevas / bajo el delantal
Coro: Es un pajarucho / que no puede volar
Solo: Esas son tus piernas / tan bien accionadas
Coro: Por arriba gordas / por abajo delgadas
Solo: Esas tus rodillas / con tus dos bolillas
Coro: Cuanto vas andando / parece que brillan
Solo: Esos son tus pies / del oro macizo
Coro: Donde se sostiene / todo el edificio
Solo: Zapatito blanco / media colorada
Coro: La dama es pequeña / pero bien portada
Solo: Ya te he dibujado / todas tus facciones
Coro: Ahora falta el Mayo / que te las adore
Solo: El Mayo me ha dicho / que vendrá mañana
Coro: A darte la nueva / de mayo y su entrada
Y en forma de jota se terminaba cantando lo siguiente:
*La dama querrá saber
el Mayo que le ha caído,
mañana te lo dirán
el nombre y el apellido.*

Esto era un relato, la exposición más o menos acertada, de las piezas anatómicas de las mozas de mi pueblo.

Un análisis profundo y minucioso de esta composición poética popular arrojaría algunas luces más sobre todo un conjunto de pueblos extremadamente humildes, que componen la Serranía de Albarracín. Todo un ente complejo, cuyos orígenes se remontan a épocas remotas y oscuras, de comportamientos simples y comunes, de un mimetismo singular, como lo prueba que los Mayos se canten casi en la totalidad de la Sierra y en todos los pueblos unas ideas y fines comunes.

Esta composición poética, en línea con el trovo del pueblo carece de méritos significativos dentro del campo de la poesía, que sin embargo tiene valores positivos en la narrativa popular, dentro de una ética simplista, ingenua durante muchísimos años a tantos y tantos corazones jóvenes.

Por supuesto que el gran trabajo que suponía para los mozos la noche de los Mayos, quedaba ampliamente compensado con el desarrollo posterior de la fiesta, que igualmente y dentro de toda su simplicidad, era una pura delicia para los jóvenes de aquellos tiempos.

Domingo de Mayos

Por fin ha llegado el primer domingo de mayo, domingo soñado por cada moza y cada mozo de mi pueblo, durante todo el año y han pasado un día, dos, tres y cuatro y hasta seis, desde la noche que se cantaron los Mayos. Y la de ilusiones que desde ese día se habrán forjado...!

Atrás va quedando todo esto, la tramoya ha ido cobrando visos de realidad, se han esfumado ilusiones; y el pasado está ahí, recientísimo y sin embargo no se repetirá hasta el próximo treinta de abril.

Y otras muchísimas ilusiones se mantienen vivas, en pie, casi más que las que se han ido, y queda aún este domingo que es el día grande de la fiesta, donde todo puede ocurrir.

Y habrá más de un sí, y más de un no, como por allí se solían dar, nacidos de una espontaneidad hartamente conocida, bien o mal disimulada –que de todo había– que tendrán en este domingo en este día, un marco ideal.

Y los del sí encontrarán este día el justo premio a sus inquietudes y desvelos por la moza que desde hacía tiempo venían rondando.

Y los del no, y hasta el de la descomunal calabaza, encontrarán también en este día, algo de alivio a sus penas, que todos han sido actores por igual y la «farándula» a veces muestra en un mismo acto alegrías y penas, bondad y crueldad, risas y lloros. Y hay que saber representar. Es el drama de la vida.

Un día incomparable de sana y auténtica alegría juvenil.

La fiesta es por entero de los mozos. Los padres comparten la alegría en casa, entre recuerdos y añoranzas. Salen a la puerta a la mañana, con la moza, mudados y limpios a la usanza. Y si acaso después aún darán vuelta por la plaza o se juntarán en la taberna a comentar, o harán corro en el carasol.

Incomparable, sí, el día, al que se llega pletóricos de alegría, puede que mucho más ellas que ellos.

Los mozos, en su impetuoso protagonismo, cometieron no pocos errores que después tienen que pagar muy caro y hacen, sin saberlo a veces, con conocimiento otras, que la moza se convierta este domingo en el árbitro que inexorablemente ha de reconducir el juego por cauces de lucidez y normalidad.

Ellos, con la euforia que les dio el comienzo de los Mayos en esa noche del treinta de abril, con el calorcillo que les dio el vino; con todo lo que ya venían planeando de antemano; con los rivales que

encontraron a última hora, se empeñaron, quizás sin medir bien las consecuencias, en comprar a fulanita o menganita.

Un mal disimulado galanteo por largo tiempo guardado, en un «secreto a voces» según se decía.

Con tozudez, con ingenuidad, que es posible traigan al mozo disgusto o descontento.

Y el drama puede continuar, pues no digamos nada de la maya, con sus particulares sueños, que fueron ya cruda realidad y que espera el día con fría serenidad.

Siempre habrá castigos que serán venganzas.

Pero de todas formas siempre prevalece la razón, el buen juicio, al uso, así lo requiere el juego.

Al Mayo nadie se atreverá a privarle de los tres primeros bailes con su Maya, bien sea la que le tocó en suerte, la que compró o la que le dejaron. Con eso ya queda compensado. Y luego, durante todo el día, galanteará a la moza, si el campo está abonado para ello; y aunque a la moza le haga maldita la gracia, pues siempre tendrá alguna atención con él.

Esto era un rito que en Bezas se cumplía rigurosamente, pues de lo contrario no era bien visto, aunque siempre había mozas un tanto caprichosas y calabaceras que llevaban a los mozos de cogote siempre, tanto en los Mayos como durante todo el año.

Pero mozas y mozos se perdonaban, era lógico y natural.

En la fiesta de los Mayos quedaban exteriorizados los mal reprimidos deseos de todo un largo año. Si se acertaba tanto mejor.

Los Mayos y su famosísima subasta, su apasionada subasta, constituían un marco adecuado, extraordinario, al que todos tenían acceso para expresar simpatías surgidas a lo largo del año, riñendo emotivamente batallas amorosas.

Por mucho que se intente ahora disimular –entonces no era así, se sabía y se decía– los Mayos constituían para aquella juventud la bolsa del amor.

¡Ah las famosas y actuales agencias matrimoniales...!

Frialdad inmensa comparadas con la fiesta de los Mayos.

Sin embargo, sería ingenuo pensar que los Mayos eran una fiesta puramente casamentera. Ni mucho menos, porque esta encantadora fiesta venía de año en año y es difícil sujetar los impulsos juveniles durante todo el año.

Claro, sucedía que la juventud aprovechaba al máximo esta magnífica oportunidad que una costumbre fuertemente arraigada le

brindaba. No es de extrañar pues, que la fogosidad de los jóvenes, animados por el heterodoxo entorno que envolvía la fiesta en todo su desarrollo, del más genuino sabor aldeano, aprovecharan al máximo y libres de prejuicios, siquiera por una vez al año, para jugar en esa bolsa, en busca de un lucro razonable, pero que absolutamente era determinante en sus asuntos amorosos.

Pasada ya esta final y tremenda prueba del primer domingo de mayo, pues hay que reconocer, siendo sinceros, que las cosas entre mozos y mozas quedaban mucho más claras.

Que de las fiestas en sí nacían nuevos noviazgos, pues la verdad es que no está muy claro; pero que la fiesta en sí constituía un vehículo claro y determinante, pues hay que reconocerlo.

Este primer domingo de mayo, cuyo contenido festivo voy a relatar seguidamente, daba novios, claro que sí. Pero no tenía como único fin el casamentero.

Si pudiéramos llegar hasta lo más íntimo y profundo del significado de la fiesta a través de todos los años que estuvo vigente y sus consecuencias entre sus jóvenes protagonistas, quizás obtendríamos resultados sorprendentes. Los Mayos hacían novios y deshacían noviazgos.

Hay que madrugar bastante este domingo, porque hay muchas cosas que hacer. La fiesta lo llenará todo.

Hay que cumplir religiosamente con parroquia, hay que ir a misa, mozas y mozos, chicos y mayores. Y si algo había que hacer en casa o en el huerto, o dar de comer a los animales domésticos y de cabaña, pues se hacía antes. El señor cura no será muy exigente, sabe que es la fiesta de la juventud, será tolerante y dará facilidades; tocará a misa a una hora prudente y los toques o llamadas de campana quizá sean un poco más espaciados y el toque de los perezosos se oirá bien por todo el pueblo, para que nadie diga después que se olvidó de tocarlo.

Llegarán a misa todos bien majos, casi siempre las mozas primero, porque hay que pasar por el atrio de la iglesia, precisamente donde todos los hombres aguardan hasta el toque de los perezosos y eso ruboriza bastante. Tomarán asiento invariablemente en los bancos del lado izquierdo mirando al altar mayor, que siempre ha sido así –el lado derecho se reserva exclusivamente para los hombres– y tan pronto termine la misa saldrán corriendo a casa, hay que preparar la docena de huevos en el mejor plato o bandeja que haya en casa y atildarse todo lo posible para cuando venga el mayo a recoger la oferta

y a cantarle.

Llegarán los músicos con sus guitarras y bandurrias, los dedos agujereados de la noche del treinta de abril, de tanto tocar; a veces se animan los mozos y le cantan la misa al señor cura y este año hay un acordeonista para el baile tocará también en la misa y dará un mayor realce al domingo.

Llegarán los pombos, los pobrecitos domésticos de la fiesta y allí mismo, en el mismo atrio de la iglesia volverán a recibir las instrucciones para cumplir bien su cometido. Y al terminar la misa tendrán que salir corriendo en busca de las cestas para los huevos, las botas de vino y todo lo demás.

Velas en la mano

Llegará el Mayo de la Virgen, con sus velas en la mano, altivo y engolado un año, desafiante porque él tiene a la Virgen por Maya; resignado otro año porque él tenía mucho interés en comprar a una chica que le gusta. Siempre el Mayo de la Virgen sabrá comportarse, cumplirá como está establecido, eso nunca se cuestionó por nadie y el señor cura le felicitará y le tomará las velas que la Virgen tendrá encendidas hasta que se gasten.

Terminada la misa se cantará a la Virgen y se organizará la ronda para ir de casa en casa de las mayas, para cantarles también y recibir la docena de huevos.

Una chiquillería impresionante arroja a la ronda, corriendo y gritando como pequeños enanillos en busca de las bellas cenicientas hacendosas, que esperan a la puerta de la casa, limpias y frescas, en esta mañana de mayo, perfumada solo con la brisa que baja de la cercanísima montaña.

Chicos grandones y desgarbados, muchachas garrilargas, majillas y feuchas, siguen pensativos a la ronda, mirando con curiosidad a los pombos, pensando que ellos el año que viene ya podrán participar de la fiesta como protagonistas, no como espectadores simples.

Hay una enorme alegría. Tras de los músicos anda el mayo que cantará el primero, y los pombos con sus cestas y las botas, todos al compás de la jota de ronda.

Y la maya aguarda en la puerta más maja que nunca, con sus padres al lado y la ofrenda de los huevos para darlos después de que le cante el mayo.

Se les nota mucho a las mayas, ya lo creo, si les complace el

mayo o no.

Y se les nota también a los padres, allí con ella solemnes y altaneros, cuando el mayo les gusta. Un tanto cejudos y huraños cuando el mozo no les satisface mucho.

Pero es la fiesta, piensan todos.

Este año ha sido así, el año próximo no sucederá, no. Lo malo es que se habrá perdido una fiesta, para unos, para otros a lo mejor deseaban que así sucediese, con la de misterio que encierra cada persona.

Piezas del engranaje

Cada una de las piezas que componían el engranaje de la fiesta tenía su particular importancia, que en conjunto condicionaban a sus protagonistas, sin que se salvase nadie.

Años durísimos marcados por mil miserias, comunes y particulares, llegadas la una tras la otra. Cuando se partía la sardina para dos chicos, recoger una docena de huevos suponía un considerable esfuerzo. Pero la docena de huevos jamás faltó a moza alguna con que poder obsequiar a su mayo.

Dura prueba la de la moza, que se pone colorada como un tomate, a la espera de que su mayo le cante esa mañana como ella sola cree merecer, o con la duda y el temor de que el mayo le cante y le diga algo públicamente que no acierte a comprender y que despierte las susceptibilidades y las sutilezas de estas gentes del pueblo, extremadamente sensibles y dadas a interpretar las cosas a su particular acomodo.

Terrible para el mozo, incapaz de disimular su tremendo azoramiento y nerviosismo. Allí, delante de la moza, de sus padres, de todos los mozos del pueblo, hecho un auténtico flan, calculando segundo a segundo, los que faltan para que la rondalla le dé la entrada. Pesa como una enorme losa el momento, hará un esfuerzo y le cantará, aunque sea mal, porque es preferible cantar él a su maya a que otro le cante y además tener que pagar por ello.

Claro, también se podía ver al mozo que ya está a la vuelta de todo, que nada le impide estar ante la maya tieso como un palo, algo desafiante que sabe salir airoso de la situación.

Pasó el terrible momento, la prueba de fuego que tanto los mozos temían.

El azorado, el atrevido, el pequeño o el grande, tendrán que acercarse a la maya a felicitarla, a la vez que recogen la docena de

huevos que la moza les da y los deposita en la cesta que llevan los pombos.

¿Qué se han dicho los mozos en ese precioso momento de felicitarse, que tan sonrientes se han separado?

Y la ronda sigue adelante, calle abajo, sin reparar en esa pareja de mayos que agota los momentos a la puerta de ella.

Alejado en el tiempo

Todo esto parecerá en principio una nadería. Algo sin trascendencia, pueril, poco serio, enormemente alejado en el tiempo, como si de gentes extrañas se tratara.

Y los actos en todo su conjunto encerraban buenas dosis de poesía, si no de la refinada sí al menos de la buena. Juventudes desventuradas casi siempre, a veces simulando lo mejor que podían esa desventura, por su alto contenido humano. Todo aparece como una moraleja verdaderamente ejemplar, porque descubre en acciones tan encantadoramente sencillas, tan fáciles de comprender, la bondad de unas gentes que amaban de verdad su particular forma de ser, de vivir, apegados a unos entornos hostiles, de donde les venía su inquietud y su valentía.

Mayos de mi pueblo. Prueba de fuego que había que pasar todos los años, con enorme ilusión por la mayoría, con profundo temor por algunos, con amor por todos, porque se rendía culto a una tradición heredada de padres a hijos con ancestral reverencia.

Y se observan las primeras deserciones de la ronda. El mozo con su traje de pana negra de canutillo fino, con sus negros zapatos que hoy estrena y su boina también negra o azul marino, con el pitorro tieso de pura alegría, se quedó recostado, con la cabeza un poco inclinada, bajo el dintel de la puerta, frente a su maya y desde hoy más novia que antes, a la espera de que la madre se ausente y ellos puedan cambiar unas calurosas impresiones.

Esto es natural. La ronda saldrá siempre o casi siempre, completa desde la iglesia, para dar la vuelta al pueblo y recoger los huevos que dan las mayas; pero terminará muy mermada y al final del recorrido llegarán casi los indispensables, los músicos, los pombos con las cestas llenas de huevos y los mayos que aún no han llegado a casa de la maya. Sí, el final de la ronda queda un poco deslucido, no es el principio.

Y por fin se ha llegado a la plaza, donde se cantarán las últimas jotas de esta mañana ya muy entrado el día. Hay una alegría

desbordada y también algo de desconcierto, porque de un año para otro siempre se olvidan detalles. Efectivamente, los corderos de la señora María han terminado sus días y el destino será el caldero que los guisará, para que bien condimentados halaguen el paladar de los mozos.

El tío Juan, maestro mayor de cocina casi todos los años, también éste se encargará de preparar esos huevos revueltos con patatas, que durante tantos años constituyó el succulento, aunque único plato de la comida de los mozos.

Durante muchos años, la comida consistía únicamente en este socorrido guiso de huevos revueltos con patatas. Una comida bastante apetecible, aunque de no muy fácil digestión.

Parece que estoy viendo aquellos calderos de cobre y sartenes enormes, llenas a rebosar del amarillento y apetitoso manjar. A los mozos todos del pueblo, haciendo corro alrededor de cada recipiente, cuchara en mano derecha, mendrugo de pan en la izquierda. Un rolde inarmónico, que se estiraba y encogía, en un continuo paso adelante, cucharada, marcha atrás.

Una comida pesadísima, que más de uno no supo ver y pagó las consecuencias de una peligrosa indigestión.

Más adelante, cuando ya los tiempos permitían algunos otros dispendios y cuando por fin las gentes se sensibilizaron un poco, pensaron que se imponían unas nuevas formas de convivencia más a tono con los tiempos, que las mozas debían participar también en la comida y compartirla con los mozos y se añadieron otros guisos de carne principalmente.

Costó un poco imponer nuevas costumbres, porque era como un ritual lo que venía ocurriendo de padres a hijos; ellos celebraban la comida solo para los mozos y siempre hubo cerrados de mollera que pretendieron que la fiesta se desarrollara sin modificaciones sustanciales. Predominó la cordura y el buen sentido, y así fue que las mozas también llegaron a participar de la comida.

Pero es cierto que las mozas, aunque con los años se fueron acostumbrando, en principio vieron en esta medida y forma de celebrar la comida compartida, una transformación radical de las costumbres tan sólidamente arraigadas en el pueblo. Al correr el velo de lo prohibido, se derrumbó con brusquedad la sutil maraña que aún mantenía en pie unas maneras y modos cosustanciales con el atavismo más pura y generosamente admitido.

El abandono de tradiciones y costumbres vendría a imponer

nuevas formas de comportamiento y relaciones en la fiesta de los Mayos, que fue preciso acomodar para un desarrollo armónico, más ajustado a la realidad de los nuevos tiempos.

Ni se me ocurre pensar que por una parte existiesen motivaciones ocultas en connivencia con pensamientos tardíos ya en la época, ni por otra subordinación intrínseca y resignada a un común holocausto y dejación. Antes bien pienso que así la fiesta se sublimizó un poco.

Con todo, no hay que ocultar que la medida de llevar a las mayas a comer en un banquete común, constituyó un paso adelante en la preparación de unos Mayos mucho más modernos, acordes con los nuevos tiempos y que hubiese constituido igualmente una sólida medida para el desarrollo de la fiesta en lo sucesivo, si la vorágine triunfalista y alocada de los años del desarrollo español, no hubiese sumido a los pueblos en auténticos cementerios donde se pudren los recuerdos, a sus campos en parameras desoladas y tristes.

Gustaba ver a las mozas de mi pueblo compartir aquella descomunal comida de huevos revueltos. Bien mal se lo pasaron algunas, las pobrecillas, con su ancestral recato, que les impelía a una sana medida y prudencia, no por rústica menos encomiable, en la deglución de aquellas comidas a las que, a fin de cuentas, ellas tan directamente habían contribuido.

Que los altaneros mozos de Bezas aprendieron un poco mirándose en el comportamiento de sus mozas, no hay duda. Adornaron a la fiesta con una pincelada de colorete, el rubor de las mayas, doblemente halagadas, pero resistiéndose a comer a dos carrillos.

Epílogo

Gustaba ver, contemplar, protagonizar escenas llenas de colorido, traslúcido, real.

La moza con el pavo subido, se siente parte principal de la fiesta pero no objeto. Se siente directamente mirada, felicitada, galanteada en público, por el mayo que le tocó en suerte, por el que la compró, que hace tremendos esfuerzos para cumplir con una costumbre que es un ritual.

El mozo tuvo la gran suerte o gastó ilusionado su dinero, que a buen seguro le era muy necesario para otros menesteres y ello le sirvió tal vez para iniciar tímidamente unas mal disimuladas relaciones, mantenidas hasta aquellas fechas a duras penas en una

semiclandestinidad.

El gesto serviría al mozo en no pocas ocasiones, para cumplir una promesa hecha a la moza, la última vez que bailó con ella. Un desafío con algún rival, una apuesta entre amigos que le creían incapaz de comprar a una moza guapa.

Que surgían más de una disputa y disgustos entre los mozos, pues sin lugar a dudas. Y no era eso precisamente un factor negativo de esta fiesta eminentemente dada a los noviazgos, porque con tales comportamientos quedaba claro todos los años más de un asunto sentimental.

Pero la sangre jamás llegó al río, aunque tampoco pueda negarse que alguna vez pasaría por las mentes de aquellos mozos algún pensamiento contrario al puro simbolismo de la fiesta.

Hasta qué punto eran conscientes las mozas de todo esto y la valoración que le concedían, se supone que era cuando menos en una mayoría positivamente aceptado, porque tampoco había mucho donde escoger. Su posición entre la estimación del sexo opuesto y siempre compañero, experimentaba cada año sensibles variaciones, solamente evaluables por quienes se sentían auténticamente implicados en la fiesta.

Hoy, naturalmente, la mucho más feliz y al mismo tiempo atribulada juventud, que impone el trepidante ritmo de vida moderna, ni comprende ni está en disposición de valorar aquello.

Estas cosas sucedían no hace muchos años y se desarrollaban también en los últimos años de forma similar a cuando los mozos vestían calzón de cordellate y calzaban zuecos.

Pero yo creo sinceramente que sería un error calificar a la fiesta de los Mayos, como una simple feria o mercado de novias, como expresión de pueblos sumidos en el letargo de estratos culturales fosilizados.

En Bezas se perdieron los Mayos cuando hacía muchos años que se había desterrado el candil definitivamente, cuando los novios se saludaban por teléfono, cuando ya en el pueblo se viajaba en automóvil particular.

¿Qué ocurrió pues con la fiesta de los Mayos?

Sencillamente, pertenecen a una cultura pasada, muerta.

Todavía se oyen los Mayos de Albarracín, en un alarde encomiable de recordar esa cultura de nuestro recientísimo pasado.

Pero estos Mayos televisivos y televisados ya no son igual. Yo diría que están un tanto adulterados, estilizados, puestos al día,

interpretados por profesionales, más de cara al turismo consumidor de costumbres que a la satisfacción de los puros deseos y sentimientos de un pueblo que participa.

Hoy, como sucede a tantas cosas queridas nuestras, los Mayos son un nostálgico recuerdo, por mucho que en Albarracín intenten revivirlos una vez al año. Pero a mí me gustan.

Bienvenidos sean los Mayos una vez al año.

Publicado en el Diario de Teruel los días 6 de Mayo, 21 y 28 de Junio, 9, 16, 23 y 30 de Agosto de 1.988.

NOTA DEL AUTOR: En los tiempos en que estoy preparando mis artículos, para recopilarlos en un libro, se me ocurre pensar:

Si la sociedad actual, la juventud sobre todo, que tiene al alcance de la mano tan fabulosos medios de asesoramiento, de orientación y convicción para disfrutar de la vida con todos sus sentidos; que se enamora y casa por internet, vive y convive en donde quiere y con quien quiere, y además disfruta del amor libre y sin trabas, a su acomodo y sin recato en sus expresiones, ¿a quien extraña pues, que aquellas atribuladas juventudes, aprovecharan procedimientos relativamente claros, para convivir también y llegar a disfrutar y a casarse poniendo en juego las artes de que disponían...?